

## **La leyenda del trabajo** **Jean-Marie Vincent<sup>1</sup>**

El trabajo es objeto de estudio desde hace mucho tiempo, pero forma parte de esos objetos recalcitrantes que se muestran evasivos aún cuando creemos aferrarlos. Bajo su forma moderna de trabajo asalariado, ha dado -y sigue dando aún- lugar a numerosas investigaciones y reflexiones, a menudo muy elaboradas, pese a lo cual no es del todo seguro que su realidad profunda haya sido verdaderamente aprehendida. El trabajo, no obstante su banalidad cotidiana y su trivialidad repetitiva, no es algo que resulte indiferente a los individuos y grupos sociales. El trabajo es, simultáneamente, un envite vital y un envite social, particularmente para quienes son sus principales proveedores, a quienes proporciona en gran medida su identidad. No hay pues que extrañarse viendo cómo se le atribuyen a menudo significaciones que exceden las meras consideraciones económicas y ergonómicas, proyectando sobre él buen número de esperanzas y fantasmas. El trabajo es, al mismo tiempo, un gasto (físico, nervioso) de la fuerza de trabajo y una actividad que, aún suponiendo en parte sufrimiento y reproducción continuo del sin sentido, debe disponer de significación para quien la realiza. Así, el trabajo visible es completado de algún modo por el trabajo invisible, por los esfuerzos que los individuos llevan a cabo sobre sí mismos para reconciliarse con él, particularmente para interiorizar las constricciones que penden sobre ellos y transfigurar hasta cierto punto su propia situación.

Existen innumerables maneras individuales de acomodarse o no al trabajo, pero existen igualmente modalidades colectivas de transfiguración del trabajo, de desdoblamiento entre una realidad prosaica, mundana, y una transposición de mayor altura, naturalmente mucho más gratificante. Las Iglesias, por ejemplo, santifican el trabajo, pese a su dureza, para facilitar su aceptación por parte de las masas de asalariados. Sin embargo, ha sido sobre todo el movimiento obrero quien ha llevado más lejos la sacralización del trabajo bajo la forma paradójica de una mitología laica. Al trabajo y sus proveedores, los trabajadores asalariados, se les presupone producir la riqueza de la sociedad, siendo posteriormente presentados como aquellos que disponen naturalmente de la vocación para reivindicar el poder y dirigir la economía. Los capitalistas, por su parte, aún cuando se acepta que no son meros ociosos, son percibidos, fundamentalmente, como gente entregada a actividades parasitarias y, en el fondo, ilegítimas. La sociedad capitalista, que

---

<sup>1</sup> Traducción al castellano de Alberto Riesco Sanz. Original publicado con el título de "La légende du travail" en Pierre Cours-Salies (coord.), *La liberté du travail*. París: Syllepse, 1995.

no reconoce en realidad la vocación y el papel desempeñado por los trabajadores, se encontraría así destinada a ser superada y regenerada por el trabajo, más concretamente por un trabajo liberado de las tutelas que penden sobre él (en particular el despotismo de empresa). Semejante transfiguración da lugar, inevitablemente, a un gran relato, es decir, en este caso, a una teodicea y a un culto de la salvación social por la gracia de los trabajadores. Todo gira pues necesariamente en torno al trabajo.

Tal y como era de esperar, los capitalistas, por lo general, han adoptado y adoptan una actitud crítica con respecto a la mitificación del trabajo, en tanto en cuanto ésta se les presenta como una negación de su papel desempeñado en la acumulación de capital, así como de su peso efectivo en las relaciones de producción y en las relaciones sociales. Hacen en consecuencia apología de las actividades de gestión y de organización de los procesos de trabajo. Al mismo tiempo, resulta significativo observar que no se oponen nunca plenamente a una cierta sacralización del trabajo, siempre y cuando les sea posible introducir una jerarquización en dicha sacralización, reservando a sus actividades de dirección, supervisión y vigilancia los calificativos más elogiosos y las virtudes más eminentes (creatividad, innovación, audacia, etc.). Matan de este modo dos pájaros de un tiro: se sitúan ellos mismos en la gran comunidad del trabajo, al tiempo que pueden aceptar, sin grandes dificultades, la presencia de actividades productivas. Es así como el trabajo, con su ambivalencia y sus contradicciones, puede ser ubicado en el centro de la sociedad e interpretado como la actividad paradigmática que ilumina al resto. A lo largo de los siglos XIX y XX el trabajo se convirtió progresivamente en el espejo de la sociedad, en la realidad fundamental en la que creyó poder reconocerse. ¿Es necesario subrayar que esta, tan a menudo fetichista, cultura del trabajo no ha podido extenderse y triunfar sino por medio de malentendidos? El movimiento obrero, en particular, se ha empeñado en olvidar que el trabajo asalariado no es fundamentalmente productor de bienes y riquezas, sino de mercancías, capitales y beneficios, y que su dependencia con respecto a la dirección empresarial y a la tecnología no le permite, en definitiva, más que un escaso margen de maniobra para tener iniciativa o dar muestras de un espíritu creador. Sin duda, los trabajadores asalariados pueden demostrar autonomía y ser espontáneamente capaces de realizar movilizaciones colectivas para reivindicar mejores remuneraciones, así como mejoras en las condiciones y en la organización del trabajo. Pero esto no pone fin, por arte de magia, a la subordinación, a la ordenación jerarquizada de los asalariados o a su subsunción bajo los dispositivos y grandes maquinarias del capital.

En este contexto de confusión, la atención se concentra lo más a menudo sobre el trabajo en tanto que actividad, es decir, sobre cuanto parece ser lo más evidente e ineludible: las prácticas en el trabajo. Evidentemente, no se trata de negar que el trabajo sea una actividad, sino de preguntarse si es éste su aspecto más importante en la sociedad actual. Apoyándose en Marx, se suele decir que el trabajo es gasto de la fuerza de trabajo y se interpreta dicho gasto como una exteriorización de los individuos, como una aplicación de su fuerza a unos objetivos determinados. Lo que resultaría, no obstante, problemático sería que dicha exteriorización se encuentra trabada, refrenada en su dinámica, no siendo pues más que una manifestación demasiado limitada y frustrante de las capacidades humanas. De ahí a inferir que bastaría con liberar esa exteriorización para liberar el trabajo no hay más que un paso, paso alegremente franqueado por quienes se pretenden defensores o representantes de los trabajadores asalariados. Estos, por lo general, se apoyan en un esquema bastante simple: la exteriorización se convierte en realización de sí mismo cuando se integra en secuencias de actividades que los operadores pueden, si no dominar en su totalidad, sí al menos asumir como algo que no les es ajeno. Para avanzar en este sentido se requiere menos autoritarismo y disciplina y más conocimiento del proceso de producción y de las tecnologías. Sería también necesario permitir en las empresas muchos más intercambios, más confrontaciones en torno a las experiencias realizadas por unos y otros de cara a un enriquecimiento recíproco. Se trataría, en resumen, de reaccionar contra la fragmentación del trabajo y su descomposición, dotándose de los medios para recomponerlo. Las actividades desplegadas en el trabajo no deben permanecer como exteriorizaciones miserables, sino convertirse en verdaderas totalizaciones (aunque fueran parciales).

Sin embargo, debemos afirmar con rotundidad que el gasto de la fuerza de trabajo no se corresponde en absoluto con este esquema de la totalización trabada. Antes incluso de que pueda ser gastada, la fuerza de trabajo debe ser constituida como tal (lo que no va de suyo), en tanto que fuerza de trabajo – mercancía alienable en el mercado y utilizable conforme a normas precisas en la producción. Por ello, se requiere, entre otras cosas, que el potencial proveedor de fuerza de trabajo sea inducido, desde sus años de formación, a considerar sus propias capacidades de trabajo como una mercancía que debe acondicionar a fin de venderla o ponerla en usufructo en las mejores condiciones posibles, lo cual viene a significar que debe colocar las presunciones vitales de sus actividades (o cuanto menos una parte de ellas), así como sus recursos intelectuales, a disposición de instituciones y mecanismos de tipo social. No se encuentra pues en la situación de quien

puede poner en juego múltiples conexiones con los otros y con el mundo para desarrollar sus actividades, sino que se encuentra en la situación de quien debe adaptarse a modelos previos de acción y a modalidades preterminadas de graduación de las actividades. El trabajador virtual prepara su entrada a la esfera social del trabajo abstracto procediendo a sucesivas renunciaciones y plegándose a orientaciones unilaterales: acepta que lo fundamental de su hacer sea captado por los automatismos del capital y una componente ampliamente intercambiable del trabajo social (el conjunto de los trabajos medidos y evaluados que sirven a la reproducción ampliada de la economía). Simultáneamente, debe prepararse para afrontar la competencia en el mercado de trabajo y sufrir las repercusiones de la competencia entre los capitalistas (despidos, postergación social). Así, pues, su actividad debe configurarse como un conjunto de prestaciones que le permiten integrarse en poderosos mecanismos sociales, con el riesgo permanente del rechazo y de quedar fuera de la circulación. En este sentido, la socialización por el trabajo es una socialización privativa en tanto que reenvía permanentemente a sí mismo y a condiciones sociales objetivadas a quien firma un contrato de trabajo y entra en la producción. El vínculo social, en semejante contexto, es al mismo tiempo constrictivo (jugando considerablemente sobre realidades densas tales como el proceso de producción y la organización del trabajo) y esquivo, en tanto en cuanto aleja a los individuos los unos de los otros en el marco mismo de relaciones de proximidad por medio de mediaciones abstractas (mercado, dinero). Sitúa las actividades en contacto de modo indirecto y a distancia, al tiempo que las compartimenta yuxtaponiéndolas: acciona y capta las actividades de trabajo y las presenta al mismo tiempo como actividades autónomas. Esto es lo que explica el carácter paradójico de los procesos de identificación intervinientes en el trabajo: existiendo, por un lado, una identificación con entidades supra-individuales tales como la clase o el grupo social; pero también, por otro lado, identificaciones solipsistas con actividades ligadas a puestos de trabajo. El resultado de todo ello es que el trabajo se mantiene ampliamente desconocido en sus características básicas incluso para quienes actúan como agentes del mismo. Para ellos, la actividad ocupa un primer plano, pese a que dicha actividad no sea realmente comprensible si no es analizándola como soporte de relaciones de trabajo, es decir, como elemento de un todo complejo que conforma el trabajo en tanto que relación social y en tanto que cristalización de intercambios sociales. Esto significa, concretamente, que resulta erróneo aprehender el proceso de trabajo como una simple relación entre el trabajador, los medios de trabajo, un objeto de trabajo y un producto final. El proceso de trabajo es mucho más que eso, es ante todo una relación dinámica entre un conjunto de fuerzas de trabajo condicionadas y un conjunto multiforme de capitales. Es un momento

de la puesta en contacto entre la forma valor de la técnica y la forma valor de la actividad para proporcionar una forma valor a los productos (materiales o inmateriales). En este sentido, el proceso de trabajo es un proceso de transformación de valores en valores, proceso en el que lo suprasensible (la valorización) sobredetermina lo sensible.

Lo cual debería permitirnos comprender que el gasto de la fuerza de trabajo no es principalmente gasto de fuerza física, intelectual o nerviosa, sino gasto de valores sociales, de fuerzas sociales acuñadas y cualificadas para la valorización que son reconocidas por el capital en el proceso de producción. Por supuesto, el trabajador nunca es completamente reductible a la forma valor de su actividad, pero para manifestarse de modo diferenciado con respecto al valor, debe aceptar, en primer lugar, que el valor pasa y se expresa por él y en él. Únicamente cuando se muestra susceptible de responder a las exigencias de la valorización es considerado como "factor humano" y como subjetividad. Más concretamente, está obligado a demostrar que su personalidad y su subjetividad pueden adaptarse al proceso de trabajo antes de que se le reconozca el derecho a expresarse y afirmarse en el trabajo. En otros términos, la sumisión del trabajo al proceso de valorización se muestra como condición y base de sus manifestaciones subjetivas y de los modos de vivirse a sí mismo. Su actividad es interiorización del valor, alejamiento con respecto a sí mismo para poder ser alguien. El valor le totaliza, al menos en parte, antes de que pueda construir su suficiencia, emprender su propia actividad o poner en cuestión su heteronomía. El trabajador debe pues obrar maliciosamente consigo mismo, encontrar en cuanto hace sustitutos de realización, combatir el sufrimiento las más de las veces disimulando o minimizando lo insoportable. Es cierto que puede tratar de introducir, por medio de la acción colectiva y de las solidaridades cotidianas, correctivos a la situación de trabajo, pero no existiendo allí verdaderas salidas del marco de la valorización, la sociabilidad resultante no podrá ser sino limitada y, sobre todo, defensiva.

Debemos entender que este predominio de la relación de trabajo sobre la actividad se extiende, por otro lado, mucho más allá de la esfera de la producción propiamente dicha, hasta la esfera de la reproducción, en lo que suele denominarse la vida privada y el mundo de la cultura. En este ámbito social, la valorización aparentemente no tiene ya vigencia, dejando paso a la no mercantilización de la vida afectiva, a la gratuidad de los intercambios y de las interacciones, cuyos objetivos serían la expresividad, el placer, la distensión, etc. Sin embargo, si observamos con mayor atención, percibiremos que la vida fuera del trabajo está en realidad dominada por la reproducción de

la fuerza de trabajo. Se encuentra, en primer lugar, profundamente marcada y escudriñada por el trabajo doméstico de las mujeres en tanto que trabajo encaminado a la reproducción del trabajo asalariado. Se encuentra igualmente caracterizada por relaciones de subordinación y jerarquización entre roles femeninos y masculinos que tienen como efecto el separar y oponer las actividades de hombres y mujeres. A esto hay que añadirle que el lugar ocupado por unos y otros en la vida privada y en las relaciones de tipo cultural está condicionado por el lugar ocupado en el proceso de valorización (y por las rentas de él extraídas). Existen pues también en este ámbito fenómenos de evaluación, es decir, de apreciación-depreciación, que se hacen eco o reflejan cuanto ocurre en el proceso de trabajo y en la vida profesional. Las formas y contenidos de vida en la esfera de la reproducción pueden, sin duda, diferenciarse de las formas de la valorización, particularmente porque la monetarización de las relaciones intersubjetivas e interindividuales se encuentra allí escasamente extendida, lo cual no significa, sin embargo, discontinuidad entre trabajo y actividad fuera del trabajo. Los gastos vitales en la vida privada y en la cultura no pueden, por lo tanto, ser considerados simples exteriorizaciones de la subjetividad de los individuos. Más que formas de expresión son manifestaciones de las constricciones de la reproducción: no constituyen "a priori" puntos de partida para un cuestionamiento de las relaciones de trabajo y de las formas de valorización.

Si echamos una mirada retrospectiva sobre la sociología industrial y la sociología del trabajo, constataremos que, pese a la existencia de divergencias notables, los investigadores han adoptado mayormente el punto de vista del trabajo como actividad. Se ha estudiado la satisfacción o insatisfacción en el trabajo (Elton Mayo), se ha tratado de asir los fenómenos de alienación en el trabajo (A. Blauner, Melvin Seeman) para tratar de comprender a qué condiciones de trabajo en tanto que actividad pueden hacer referencia. Durante las décadas de 1950 y 1960 existió una especial preocupación por la recomposición del trabajo, es decir, por la superación de su fragmentación y descomposición en el contexto del taylorismo. Algunos, como Georges Friedmann, se han mostrado relativamente pesimistas acerca de las posibilidades de enriquecimiento de tareas debido a las constricciones impuestas por la división técnica del trabajo. Otros, por el contrario, han pensado que la evolución de la tecnología pondría al orden del día nuevas relaciones entre los trabajadores y los sistemas de producción. Alain Touraine y Serge Mallet, por ejemplo, han creído detectar la aparición de nuevos sistemas de acción obreros en los sectores más desarrollados técnicamente de la industria y los servicios. En su opinión, las reivindicaciones de estos deberían desplazarse de modo progresivo hasta

convertirse básicamente, más que en reivindicaciones salariales, en reivindicaciones de gestión y control. Hasta cierto punto, no se equivocaban del todo pronosticando una crisis de los modelos autoritarios de organización del trabajo y de las modificaciones en el proceso de trabajo (con un recurso más frecuente a la iniciativa de los trabajadores). Pero, ciertamente, no había razón alguna para ver en la desaparición de determinadas funciones repetitivas y monótonas del proceso de trabajo (el trabajo en cadena entre otras) las premisas para un verdadero control de los sistemas de producción automatizados por parte de los trabajadores reagrupados. No se daban cuenta, en efecto, de que una mayor autonomía de los grupos de trabajadores o de los trabajadores tomados individualmente no era incompatible con tecnologías más "blandas" de transmisión de los imperativos del Capital al proceso de producción (por medio de los requerimientos de ruptura de la temporalidad y de innovación tecnológica). ¿Acaso no es cierto que la tecnología es simultáneamente agenciamiento de dispositivos materiales para regular flujos materiales, al tiempo que modulación de gastos de trabajo, es decir, puesta a punto de dispositivos de control para consumir la fuerza de trabajo de modo productivo (para el capital)?

En el fondo, la sociología del trabajo al uso ha presupuesto durante mucho tiempo que los trabajadores podían espontáneamente confrontarse y medirse con la dirección empresarial y la tecnología, y ello debido a que nos encontraríamos desde el principio ante actores conscientes de su situación y de lo que hacen, no existiendo discontinuidad alguna entre actor individual y actor colectivo. Podríamos incluso estar tentados a afirmar que para muchos sociólogos existe un trabajador colectivo (por retomar la terminología de Marx) que, mediante los procesos de toma de conciencia en los conflictos de trabajo, no está sino esperando a revelarse en tanto que sujeto colectivo. Poco importa que la concepción en torno a los objetivos de este sujeto colectivo se encuentren muy alejados los unos de los otros (perspectiva revolucionaria, reforma de la sociedad, reforma de la empresa, etc.), estaríamos siempre ante la presencia de perspectivas que postulan, implícitamente, una dinámica lineal (y progresiva) de las subjetividades y de su fusión en tanto que sujeto colectivo. Se presupone el encuentro de los individuos en el trabajo, así como la experimentación de la conjunción de sus fuerzas en la cooperación que requiere el proceso de trabajo. De hecho, la cooperación es interpretada como el despliegue, virtualmente dominado, de fuerzas interdependientes y solidarias. Sin embargo, no es posible concebir las cosas de este modo si no es olvidando que la cooperación no nace únicamente de la mera interacción de los trabajadores, sino que resulta también de los modos de comunicación instaurados por la dirección empresarial y del tipo de simbiosis hombres-

máquinas que se establece en la producción. En su libro *Technik und Industriearbeit* (1957), Heinrich Popitz, Hans Paul Bahrdt, Hanno Kesting et al., muestran claramente cómo en la gran industria la cooperación no es llevada a cabo principalmente por equipos, sino por estructuras que predeterminan cuanto puede o no ser hecho. Sin duda, esta predeterminación no es una determinación total, pues las diferentes partes concernidas -los trabajadores, los sistemas de máquinas, los gerentes- están obligadas a prestarse a una dialéctica de la adaptación, a modificar sus comportamientos y sus modos de concebir la cooperación. No obstante, la relación entre estas tres partes implicadas son desiguales y están marcadas por el predominio de la dirección empresarial, de la tecnología y, sobre todo, por el papel mediador de esta última en las modulaciones del gasto de la fuerza de trabajo, así como en la transmisión de diferentes tipos de constricciones. Los aspectos colectivos de la producción se encuentran en gran medida cristalizados en automatismos al mismo tiempo sociales y técnicos, ante los cuales, la mayoría de las veces, los individuos en el trabajo, aún agrupados, no pueden sino prestarse a ellos.

Es la razón por la que no podemos sino mostrarnos de acuerdo con Gerhard Brandt cuando se lanza a una ajustada crítica (cf. *Arbeit, Technik und gesellschaftliche Entwicklung*, 1990) de la sociología industrial tendente a caer en la metafísica del trabajo. En su opinión, esta sociología termina sacrificándose a un paradigma de la producción -de una producción en el que el factor rector sería el trabajo- en la medida en que no quiere ver que el trabajo es una realidad sobredeterminada por toda una serie de relaciones imbricadas, particularmente las relaciones de valorización. A este paradigma, Gerhard Brandt opone por su parte un paradigma de la subsunción del trabajo, retomando aquí la terminología empleada por Marx en *El Capital*, pero a la cual atribuye un alcance más general. Para él, la subsunción no es simplemente subordinación al mando del Capital en la industria, sino que es fundamentalmente subordinación a procesos abstractos de socialización. Es, en primer lugar, subordinación al conjunto de operaciones sociales que producen el trabajo abstracto (constitución de la fuerza de trabajo, mercado de trabajo, forma valor de los productos del trabajo, etc.). Es, igualmente, subordinación a la tecnología en tanto que ésta induce modos de relación con respecto a los medios técnicos, comportamientos y modelos de acción, lugares en el proceso de trabajo y relaciones con los otros. Es, finalmente, subordinación a las formas de intercambio mercantil que formalizan y dan contenido a una gran parte de los intercambios humanos. Se trata, por lo tanto, de comprender que la sociabilidad de ella resultante no está compuesta únicamente de relaciones humanas, sino de relaciones entre objetivaciones



animadas y personas, entre prolongaciones técnicas de las actividades humanas y el hacer subordinado de los seres humanos. Tal y como señala Gerhard Brandt, en una sociabilidad así constituida y habitada, los procesos de formación se limitan, muy a menudo, a procesos de aprendizaje de un horizonte limitado aún cuando puedan desembocar en un alto grado de virtuosismo y de saber hacer. En el marco de la subsunción, las personas en el trabajo se ven constreñidas a dialogar con artefactos técnicos, estando así obligadas a menudo a pasar por ellos para poder mantener relaciones los unos con los otros. La temporalidad en el trabajo se convierte ella misma en una temporalidad dependiente de los ritmos de la tecnología y de las rotaciones del capital, volviéndose así en un elemento empobrecedor de la experiencia (como consecuencia, por ejemplo, de lo limitado de las relaciones con el pasado y el futuro).

Si retenemos este paradigma de la subsunción nos resultará imposible estudiar el trabajo en una perspectiva antropomorfa que coloque en primer plano la exteriorización-objetivación de las personas en el trabajo. Debemos incluso afirmar la necesidad de proceder a una verdadera inversión epistemológica y situar en un primer plano la relación de trabajo como una relación de relaciones que deja su impronta en aquellos que trabajan. No podemos sino reconocer la dificultad que parece entrañar simplemente considerar semejante inversión, no digamos ya materializarla. En Francia, Pierre Naville, desde finales de la década de 1940, comenzó a forjar los instrumentos teóricos y epistemológicos indispensables para una reorientación en este sentido. Lo mínimo que cabe decir es que semejante esfuerzo apenas ha tenido eco y no es sino desde hace tan sólo unos años que sus trabajos suscitan un interés renovado. Pese a ello, mediante sólidas argumentaciones, Naville avanza un cierto número de principios de análisis o de enunciaciones que, tomados seriamente, habrían transformado en profundidad el campo de la sociología del trabajo. En *De l'aliénation à la jouissance* (1957), afirma con toda tranquilidad que no debemos hacer del trabajo el principio de la libertad humana (p. 366). Reconoce, por supuesto, que la actividad es siempre la clave que permite comprender las situaciones sociales, pero a condición de que especifiquemos con detalle el lugar que ocupa en las relaciones sociales. Tal y como afirma reiteradamente, la sociología del trabajo debe pasar de una actitud indiferenciada (las generalidades antropológicas) al "estudio de conceptos particulares, expresándose ellos mismos por medio de mecanismos específicos" (p. 367). El objetivo de Pierre Naville consiste, muy claramente, en despojar al trabajo de su aura, reubicándolo en la trama de relaciones subyacentes a las operaciones. Se trata de un aspecto importante dado que el trabajo, es decir, los conjuntos

y las secuencias de operaciones en la producción, no debe ser confundido con los operadores (los portadores de la fuerza de trabajo) y las operaciones. En cierto modo, el trabajo, en tanto que relación social, se separa de quienes lo producen, subordinándoles y arrastrándoles en su movimiento.

A partir de estas orientaciones teóricas Pierre Naville realiza análisis a menudo remarcables sobre la cualificación del trabajo. Para Naville, ésta no hace referencia a una cualidad o a una inteligencia previas, sino al entrecruzamiento de tres órdenes de factores: las modalidades y la duración de la formación; las relaciones de fuerza entre trabajadores y capitalistas; y las relaciones de fuerza entre la dinámica tecnológica y los trabajadores. La distinción entre trabajo simple y trabajo complejo en las operaciones sociales de medición no se desprende pues de cualidades intrínsecas del trabajo, sino más bien de operaciones que se efectúan en la producción para abstraer el trabajo y disponer de paso a los trabajadores jerárquicamente. Es la razón por la que la relación de los asalariados con la técnica y los equipamientos tecnológicos no puede ser sino muy ambivalente: por un lado, la tecnología recurre sin cesar a nuevos saberes; por otro lado, en tanto que fuerza social, transmite las constricciones de la valorización y desvaloriza constantemente las cualificaciones anteriores. En un entorno capitalista la tecnología no es y no puede ser un instrumento de liberación o emancipación, sino que, junto a los sistemas de formación (y orientación profesional), contribuye, por el contrario, a estampar y distribuir las formas de inteligencia socialmente aceptables y aceptadas. En su libro *Vers l'automatisme social* (1963), Pierre Naville muestra igualmente la necesidad, si de lo que se trata es de superar la relación de trabajo, de diferenciar entre, por un lado, los sistemas de producción y las tecnologías y, por otro, los trabajadores.

Conviene señalar además que Pierre Naville amplía el análisis de la relación de trabajo al análisis del *salariado* como forma específica de intercambio social de la sociedad capitalista. Así pues, no puede haber trabajo si no hay intercambio entre la fuerza de trabajo y la parte variable del capital y, en la práctica, subordinación de una gran parte de los intercambios sociales a este intercambio fundamental (los recursos disponibles para participar en los intercambios sociales dependen en gran medida de los intercambios con el capital). Estos intercambios se presentan como intercambios de equivalentes, pero son en realidad intercambios sustancialmente desiguales. En primer lugar, porque el trabajador asalariado debe consentir la captación de su actividad y de su plustrabajo. En segundo lugar, porque debe aceptarse el confrontarse -más allá del capitalista en tanto que funcionario del capital- con la dinámica conjunta del capital social (con sus efectos, empleo y despidos).

Así, el salario no constituye simplemente una remuneración en función de las prestaciones efectuadas en el sistema de trabajo, sino que conforma un modo de participación en las relaciones sociales desde una posición dominada. La forma salario puede ocultar una gran variedad de situaciones (por ejemplo las remuneraciones del capital), pero desde el momento en que existe intercambio real de capacidad de trabajo por capital, existe *salariado* en el sentido fuerte del término, en tanto en cuanto este intercambio implica explotación y dominación. No se requiere para ello que la prestación de trabajo consecuente del intercambio sea particularmente dura o marcada por un esfuerzo físico de gran amplitud. Basta con que haya prestación heterónoma -aunque ésta sea de una gran calidad intelectual- en relación a dispositivos de captación y condicionamiento de la actividad para que pueda hablarse de relación de trabajo capitalista. En último término, la existencia de un alto grado de autonomía operacional en los procedimientos concretos de trabajo no cambiaría nada de lo esencial. Para Pierre Naville, el trabajo como relación social no está orgánicamente ligado ni a un encorsetamiento excesivamente disciplinario de los actos de trabajo, ni a un control minucioso de cada uno de los procedimientos de trabajo, es decir, a un despotismo de empresa particularmente asfixiante. Podría incluso decirse que únicamente desprendiéndose de las formas precapitalistas de mando y renunciando a procedimientos demasiado autoritarios, el trabajo como relación social se muestra bajo una forma desarrollada, pudiendo consagrarse para los individuos como una actividad verdaderamente integral (que tome en consideración la dimensión de inteligencia que contiene). El fetichismo del trabajo alcanza su apogeo cuando este último hace olvidar todas las presuposiciones sociales, presentándose a sí mismo como secuencias de *performances* innovadoras.

Todo esto debería hacernos comprender hasta qué punto es engañoso el discurso dominante sobre la desaparición de la clase obrera y el nacimiento de una sociedad de clases medias. No se puede negar que una cierta configuración de relaciones sociales de explotación características de una fase específica del capitalismo ha cedido mucho terreno. Los obreros, en tanto que proveedores de trabajo manual (es decir, aplicable a una materia maleable), son ahora, en los países occidentales, minoritarios. No podemos, sin embargo, deducir de este hecho que las actividades actuales -con una componente intelectual más elevada y no aplicadas directamente sobre la materia- no se intercambian por capital y no entran en relaciones de trabajo capitalistas. No hay ya clase obrera, pero son cada vez más los asalariados confrontados a nuevas formas de captación de las actividades y de explotación. Existen, ciertamente, grandes diferencias en las situaciones y en los procesos

materiales de trabajo, pero el *salariado* y la relación de subordinación al capital no desaparecen sin embargo, siendo las formas de oposición o antagonismo a la relación social capitalista las que se modifican y desplazan. Los trabajadores asalariados de hoy son emplazados a menudo en situaciones individualizantes debido a que la captación de la actividad adopta con frecuencia la forma de una utilización de la subjetividad (cf. Yves Clot, *Le travail entre activité et subjetivité*, 1992), siendo así menos incitados que sus predecesores a privilegiar acciones basadas en el culto al trabajo como fundamento de la sociedad. De este modo, la inserción en relaciones de trabajo constituye en mucha menor medida que antaño la participación en una sociabilidad previa ya establecida y en una comunión imaginaria con un sujeto colectivo. Sin embargo, esto no significa que ya no haya acción colectiva posible, sino que para que tengan éxito, las acciones deben tener en cuenta o hacerse cargo de las situaciones subjetivas e integrarlas en proyectos colectivos complejos. Lo que quiere decir, particularmente, que las formas de movilización han de volverse progresivamente menos autoritarias y cada vez más abiertas a la discusión de sus orientaciones. La lucha por ser eficaz debe producir en sí misma nuevas formas de sociabilidad, espacios públicos en miniatura (véase las coordinaciones).

Frente a estas nuevas realidades, algunos sociólogos como Alain Touraine (cf. *Critique de la modernité*, 1992) han creído conveniente hablar del declive de la conflictividad social en su acepción clásica y de pronosticar la aparición de un nuevo tipo de movimiento social: el de los procesos de subjetivación. Dicho de otro modo, el movimiento social o los movimientos sociales, conforman luchas por imponer espacios sociales de libertad orientadas a permitir a las subjetividades desarrollarse y enriquecerse. No existiría ya sujeto colectivo alguno, sino una pluralidad de actores que convergen en su voluntad por hacer reconocer socialmente sus singularidades y fuerzas creadoras. No existiría tampoco ya lucha de clases, sino luchas contra diferentes formas de opresión: opresión de las mujeres, opresión de los jóvenes, opresión en el trabajo, etc. Son luchas que se cruzan y entrecruzan sin disponer de un principio de unidad previo. Concretamente, dichas luchas no podrían girar únicamente en torno al trabajo, dado que éste constituiría una realidad fragmentada, multiforme e inestable. Su unidad no podría alcanzarse sino por medio de confrontaciones convergentes contra adversarios tecnocráticos y, en particular, mediante la búsqueda de la modificación de las relaciones de poder. Existen en cuanto acabamos de ver, y desde diferentes puntos de vista, muchos análisis innovadores, si bien, como cabe imaginar, también se pueden plantear muchas objeciones. Al menos una de ellas es crucial: estas concepciones no toman en cuenta el *salariado* en

tanto que relación social y su corolario, la relación de trabajo. Podemos, por supuesto, admitir como una primera aproximación que los procesos de trabajo concretos se encuentran diferenciados y fragmentados, lo cual no significa que el proceso de trabajo, en tanto que forma social, esté, por su parte, igualmente fragmentado. No se encuentra ya espacialmente unificado en la empresa (existen emplazamientos industriales con ramificaciones múltiples y sistemas de producción transnacionales), pero encuentra una lógica unitaria y su unificación real en la búsqueda impuesta, ineluctable, de la rentabilidad y de la elevación de la productividad del trabajo. Los asalariados están sujetos a la producción de valor y beneficios por toda una maquinaria social no compuesta únicamente por dispositivos de opresión y control, sino también por dispositivos de explotación y apropiación del hacer.

En este sentido, existe siempre un antagonismo de base entre Capital y trabajo asalariado, aún cuando conviene evitar caracterizarlo tal y como se hizo con frecuencia a comienzos del siglo XX, es decir, como una serie de enfrentamientos directos, clase contra clase. En el proceso de sometimiento a los dispositivos de explotación y apropiación del hacer, las situaciones sociales pueden ser diversas y los grupos sociales dominados ocupar lugares asimétricos los unos con respecto a los otros. No sólo estamos ante la proximidad, sino también ante la distancia social que se produce en el marco de la subsunción real y no podemos postular que el antagonismo entre la realidad del Capital y la del trabajo asalariado se manifieste "naturalmente" a partir de relaciones "objetivas". No hay que olvidar que en la sociedad actual la objetividad es la objetividad del Capital, de los objetos sociales y de los mecanismos que engendra. Por lo tanto, es mediante una ruptura con este mundo objetivado, por medio de construcciones sociales, como pueden ver la luz movimientos que cuestionen las relaciones sociales de dominación. Esto es lo que hizo el movimiento obrero, en sus diferentes modalidades, produciendo las construcciones sociales "trabajo" y "clase obrera", con todos los equívocos que contienen y, en este sentido, cargadas de errores y callejones sin salida. Hoy, tras la caída del "socialismo real" y el agotamiento de las temáticas socialdemócratas, es verdaderamente viable plantear la cuestión de la construcción de una nueva oposición al capital y a sus dispositivos, sin ocultar que, si queremos evitar caer en nuevos errores, será necesario encontrar medios de lucha eficaces contra las nuevas formas de fetichismo del trabajo.

En las circunstancias actuales, el trabajo apenas da forma a un fetichismo colectivo, sino que, por el contrario, se ha convertido, prevalentemente, en un fetiche de realización individual. Muchos saben que

en el trabajo se exponen a numerosas frustraciones, que el trabajo no lo es todo en la vida y que no puede ser sino un momento de la identidad que nos asignamos. Lo cual no les impide, sin embargo, buscar en el trabajo las vías y medios de realización de sí mismos. El trabajo aparece simultáneamente como *performance*, como actividad creadora y como actividad que da derecho a gratificaciones que satisfacer al margen de la producción. En cierto modo, en un periodo en el que el empleo es un bien escaso, encontrar trabajo, mantenerlo haciendo demostración de sus cualidades, se convierte para ellos en un signo de distinción, en la prueba de una gran capacidad de adaptación al trabajo flexible. El trabajo se desvela así como un ámbito reservado a una elite enérgica e inteligente que no debe, en definitiva, rendir cuentas a nadie más que a sí misma. Los funcionarios del Capital, por otro lado, hacen todo lo posible por dar crédito a este nuevo gran relato sobre el trabajo, presentando los métodos de gestión de "recursos humanos" como inspirados por la búsqueda de la promoción de la creatividad. Para completar esta nueva leyenda, se esfuerzan al mismo tiempo por hacer de su propia actividad de dominación la actividad creadora por excelencia, es decir, la actividad que crea trabajo, el trabajo de hacer trabajo por decirlo de algún modo. Admiten, por supuesto, que el capital, en su huida hacia adelante, destruye buen número de empleos, pero arguyen que también produce nuevos incesantemente, dotados siempre de más inteligencia e innovación. El trabajo, después de todo, formaría parte de un movimiento perpetuo de diferenciación, distinción y transgresión destinado a renovar las actividades de producción y las competencias humanas llevando siempre más lejos los límites alcanzados hasta entonces.

Debemos afirmar que esta nueva mística del trabajo que hace tanta referencia a la multiplicación de las comunicaciones, a la utilización de lo virtual y del simulacro en lo electrónico y la informática, es permanentemente objeto de llamadas de atención. El cambio social que entraña la acumulación de capital tiene, en efecto, consecuencias catastróficas sobre la vida y el mundo social vivido por millones de individuos. Desestabiliza cada vez más capas sociales y lleva la amenaza de fractura social al corazón mismo de lo que se ha convenido en llamar capas medias asalariadas. La postración constituye, consecuentemente, el reverso de la *performance*, y la obsolescencia de los conocimientos el de la competencia. La ubicuidad de la amenaza, el carácter a menudo irrisorio de las seguridades de las que nos dotamos, destruyen tendencialmente los efectos de distancia y alejamiento entre grupos sociales que suscitan las discontinuidades de las relaciones sociales. En este sentido, parece posible especificar el antagonismo capital-trabajo y construir prácticas que lo pongan en cuestión de manera

fundamental. Pero debemos prestar atención a que esta construcción no esté enfocada nuevamente sobre la sociología del gasto de trabajo, sino comprometida, por el contrario, con la relación de trabajo en tanto que relación social, es decir, que se haga cargo del proceso de trabajo de arriba a abajo. Debemos, al mismo tiempo, deconstruir la compartimentación del hacer en el trabajo en relación a otras prácticas de los individuos y su encorsetamiento en las orientaciones unilaterales de la valorización. Debemos así mostrar con minuciosidad las diversas conexiones por establecer en la vida de los individuos, así como entre los mismos individuos, con el objetivo de poner fin a las actuales formas de opresión y explotación y de permitir intercambios sociales más diversos y libres.

Se trata pues de reconstruir la experiencia (subjetiva e intersubjetiva) combatiendo sus limitaciones (polarización a través de los objetos sociales, mercancías, relaciones solipsistas con el mundo) y otorgándole características mucho más multilaterales. En la sociedad actual, la experiencia no tiene de hecho profundidad alguna, siendo imposible su acumulación en relación a un tiempo de lo vivido invasor salpicado de artefactos del valor. Se esfuerza por no ser repetitiva y por movilizar recursos inutilizados, pero tiene dificultades para desplegar una temporalidad abierta tanto sobre las fallas del pasado, como sobre las promesas del futuro. Es por ello por lo que la reconstrucción de las prácticas sociales debe preocuparse por hacer nacer y desarrollarse una experiencia de las limitaciones actuales de la experiencia que cree las condiciones de procesos de aprendizaje colectivos y abra nuevos campos de acción.

#### Referencias bibliográficas

- Gerhard Brandt, *Arbeit, Technik und gesellschaftliche Entwicklung*, Frankfurt/Main, 1990.
- Yves Clot, *Le travail entre activité et subjectivité*, Tesis Doctoral en Filosofía, Aix-Marseille I, 1992.
- Michel Lallement (Ed.), *Travail et emploi: le temps des métamorphoses*, París, 1994.
- Pierre Naville, *Le nouveau Léviathan*, tomo I, *De l'aliénation à la jouissance. La genèse de la sociologie du travail chez Marx et Engels*, París, 1957.
- Heinrich Popitz, Hans-Paul Bahrdt, Hanno Kesting et al., *Technik und Industriearbeit*, Tübingen, 1957.
- Alain Touraine, *Critique de la modernité*, París, 1992.
- VV.AA., *Le travail et sa sociologie. Essais critiques*, París, 1985.